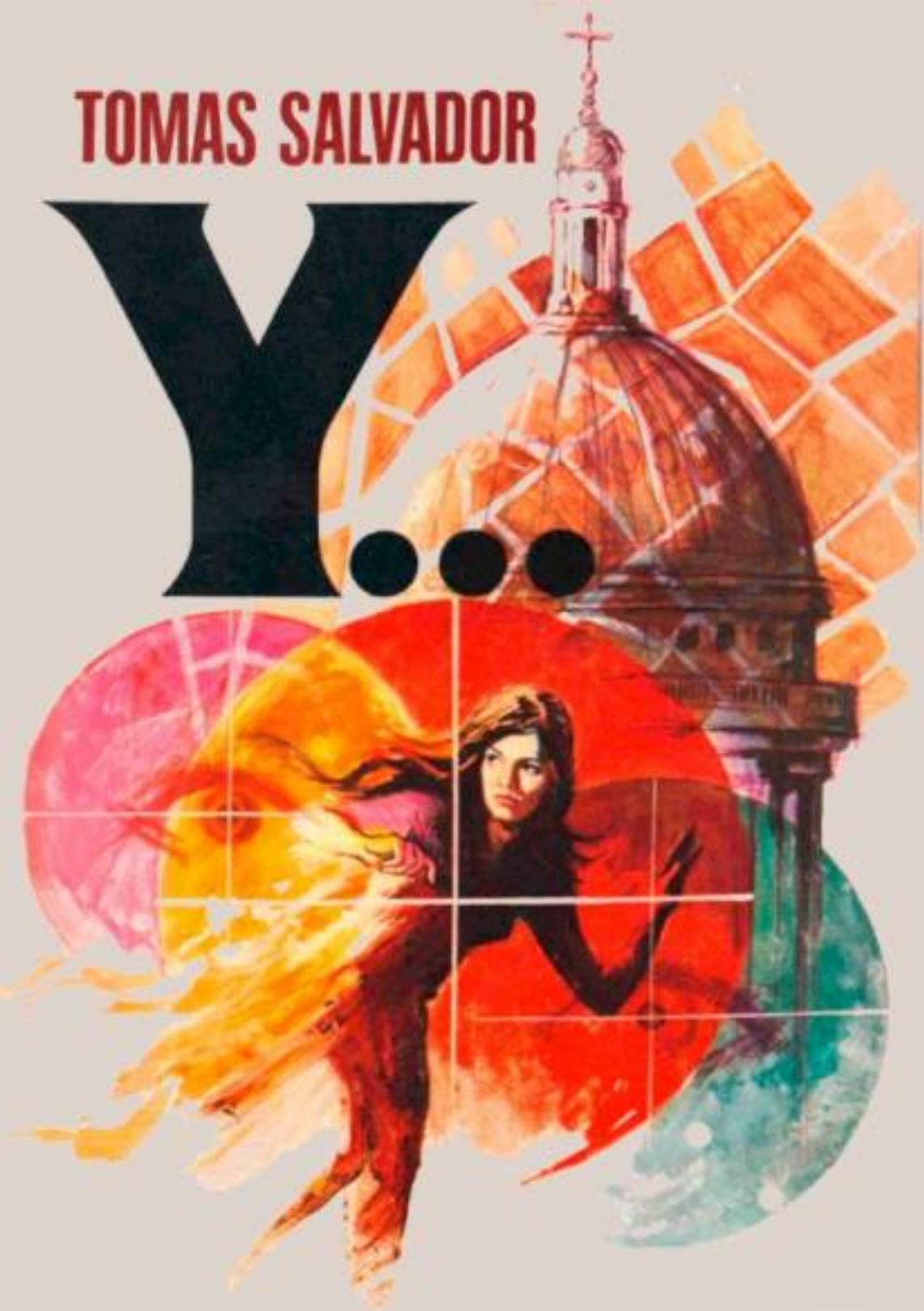


TOMAS SALVADOR

Y



¿«Qué pretende el autor de "Y..."»? Muy sencillo: si Proust se dedicó a reencontrar el tiempo perdido, yo quiero ir al encuentro del tiempo futuro, que, en frase de San Agustín, no es otra cosa que una larga expectación del presente. "Y..." es una historia basada en elementos que ya existen: el erotismo, la violencia nocturna, el impacto publicitario, la degeneración del lenguaje, el gigantismo urbano, la pasividad social, la ruina de muchas estructuras y la renovación del espíritu cristiano. ¿Cómo puede ser una sociedad si tales factores siguen avanzando al ritmo actual? La respuesta es "Y...", el Londres del año 2065.

Allí, Martin Lord, un sencillo profesor de Biología Marina, en el curso de apenas treinta y seis horas se encuentra en el vértice de la violencia, el erotismo, los cambios sociales. Martin Lord, sin saberlo él, posee esa cualidad que Sócrates denominó Mayeútica, que significa alumbrar. "Y..." es, también, una bellísima historia de amor que acaba en tragedia porque así lo han determinado las fuerzas oscuras que rigen la "cosa establecida". (TOMÁS SALVADOR).

*Su olor me ha llegado; son ellos, los que traen la muerte. Los sentidos despiertan con sutiles presagios; he oído una flauta en la noche.*

*Una flauta y los búhos he visto al mediodía con alas escamosas, enormes y ridículas. Y he tenido en la cuchara el sabor podrido de la carne. Y he percibido, ya en la noche, el jadear de la tierra, inquieto, imposible.*

*He oído una risa y la voz de las bestias de extraño grito: chacal, corneja, asno; el rumor cauteloso del ratón y la rata, la risa del colimbo, ese pájaro loco.*

*Y he visto grises cuellos torcerse, enlazarse colas de rata a la espesa luz de la aurora. He comido finos seres aún vivos, con el gusto salobre de lo que vive en el fondo del mar...*

T. S. ELIOT, *Asesinato en la catedral*.

PRIMERA PARTE  
«LA NOCHE Y LA CAN-  
CIÓN»

## ESTROFA PRIMERA

*¡Lavad el aire! ¡Lavad el cielo y el viento!  
¡Las piedras quitad, una a una, y lavadlas!*

T. S. ELIOT, *Asesinato en la catedral*.

Maldijo profusamente. Exacto: *profusamente*. Eligiendo bien los adjetivos, con la voz bien modulada exigible a quienes profesaban en una Universidad, con el inglés del Rey, tan diferente al parlinglis que se estaba adueñando de las islas.

Blenheim, que había roto tantos moldes, cuando menos en comparación a su vecina Oxford, seguía exigiendo el autocontrol y el lenguaje cultivado.

Y Martin Lord era profesor adjunto de Biología en Nueva Blenheim.

Anocheía. Comprobable e irreversible. El hombre, *homo sapiens*, que tantas cosas había domado en la Tierra, Luna incluida, no había podido con el Sol. Ni con la natalidad, pensó amargamente. La Tierra seguía subordinada a su estrella y en consecuencia seguía girando en torno a su fuente de energía y en torno a sí misma. Martin recordó — el recuerdo le hizo sonreír muy a pesar suyo— el viejo chiste del profesor de Energía Dinámica cuando se quejaba de que la teoría tolemaica hubiese sido destruida por la copernicana: «Con la otra, ¡hubiese sido tan fácil explicarse ciertas cosas...!». A condición de no especificar cuáles, el chiste se avenía maravillosamente a todas las contingencias y seguramente en ello pensaba la adjunta Gale Gallant, al

quedarse encinta de su amante el profesor Albert Furry y recordar al marido: «Con él, todo hubiese sido más fácil», frase que durante una semana hizo sonreír a todo el campus universitario, decanato incluido.

Pero la cosa no estaba para sonrisas. Consultando las millas recorridas —Martin usaba todavía un vehículo que contaba por millas— y su reloj, dedujo que las cuarenta que le faltaban le iban a costar sudores. Sería muy difícil hacerlas en menos de dos horas, a menos que el anochecer despejara rapidísimamente las autorrutas. Pero aun así existían bastantes imbéciles, entre los que se contaba él mismo, que por apurar unos minutos se exponían a no llegar nunca, aunque, en ocasiones, la misma abundancia de idiotas era una garantía. Ni los *Singing*<sup>[1]</sup> ni los *Wave*<sup>[2]</sup> daban abasto a controlar la abundancia. Algo así como estar en la reserva africana de Sherenguetti y apuntar a los centenares de animales que huían. Independientemente de que los verdaderos «cantores» gozaban complicando las reglas del juego, no era presumible que éstos se apostaran en sus cotos antes de bien cerrada la noche. Martin, como todos sus coterráneos, había escuchado miles de historias sobre la caza nocturna que se encubría bajo el bello sinónimo de «La canción de la noche»; en realidad, era parte de su *status* desde que tenía uso de razón. Se admitía como se admitía el jugo de tomate con los huevos fritos. La *Canción de la noche* no era otra cosa que la violencia, y ésta, uno de los factores épicos de las sociedades de consumo muy opulentas. Que en el asunto se hubiese mezclado, complicándolas, la explosión demográfica y los tecnicismos leguleyescos, era otro asunto. El hombre, cuanto más dinero y más ocio, más violento se mostraba. Naturalmente, los ingleses habían tenido que ser los que codificaran el juego bajo ciertas apariencias.

Martin, en realidad, salvo admitir y respirar la atmósfera, los prejuicios y los convencionalismos, no había tenido una experiencia directa. Alguna vez que otra hubo de escuchar

cómo se decía de cierto amigo o conocido: «Salió a ver las estrellas y las vió», pero como podía contar con los dedos de una mano los amigos y conocidos víctimas de tal vicisitud, se inclinaba más bien a creer que todo era una exageración de los periódicos sensacionalistas y los ultras añorantes.

Pero una cosa era admitirlo en las claridades diurnas de Nueva Blenheim y otra tomarlo a broma en una autorruta, a cuarenta millas de Londres y a media hora del anochecer. Y Martin comenzaba a preocuparse. Dejando aparte a Doris, su *free-love*<sup>[3]</sup>, que le esperaba antes de las diez, si es que le esperaba, tenía el asunto de su escasa experiencia. Por ahora, iba bastante bien, sacándole el coche, un «birdtú»<sup>[4]</sup>; las sesenta por hora, sin encender los faros y guiándose exclusivamente por las líneas reflectantes de la carretera. Abundaban los cottages, bungalows y granjas, todavía no cerradas, pero cuyos habitantes ya estaban practicando el rito de ir cerrando herméticamente puertas y ventanas. De hecho, Londres había saltado a treinta millones de habitantes y aquello era un suburbio más de la gran ciudad. Todo el Reino Unido era en realidad suburbio de una u otra ciudad. Éstas son las bromas de meter cien millones de habitantes en la piel de un conejo<sup>[5]</sup>. Circulaban bastantes coches, especialmente en dirección contraria, que pasaban raudos y precavidos. Los que iban en la misma dirección no podían adelantar sin su previo consentimiento. Una ley no escrita aconsejaba dejar entre el propio y el precedente la distancia de las luces largas, que hacía mucho tiempo habían dejado de ser deslumbrantes, pero que se conservaban como unidad de medida. Si el delantero se detenía, había que detenerse también y esperar su verde lateral.

Costumbres, usos o lo que fuera, ni fáciles ni difíciles de explicar y que Martin aceptaba, como aceptaba un hombre del siglo anterior sacar billete para el tren o el avión, fumar o no fumar, abrir la ventanilla o no abrirla. Las luces largas y

las laterales más que necesarias para alumbrarse, lo eran al estilo del ciego que llevaba una lámpara. Martin, cuando subía cuestas o se aproximaban curvas, distinguía cinco o seis vehículos por delante y ello le obligaba a mantener las distancias. Posiblemente algunos de los coches precedentes, o todos, eran blindados o acondicionados para resistir balas de gran calibre. Martin, si bien tenía cristales irrompibles y neumáticos sólidos no adoptaba precauciones especiales, entre otras razones porque las correrías nocturnas no entraban en sus costumbres.

—¡Al diablo con todo! —gruñó en señal de rebeldía. Y para confirmarlo, levantó un cigarrillo del salpicadero, que se encendió al aspirar fuertemente. Fumar en el coche era bastante peligroso, se decía, porque si bien ciertos «cantores» tenían prejuicios a disparar contra hembras y niños, la despreocupación de ir fumando era como un desafío a su puntería. Y Martin dejó de fumar, admitiendo por fin de manera declarada que tenía o empezaba a tener cierto miedo, que iba creciendo como crecían las sombras. Y le faltaban todavía veinte millas.

—¡Maldito tiempo! —susurró otra vez, sin especificarse mentalmente si se refería al que estaba transcurriendo por la medida horaria o la medida histórica. Al fin y al cabo, era biólogo y le tenían sin cuidado las dinastías, los planes de desarrollo, las integraciones continentales, nuevos hitos sociales, según el profesor de Dinámica de la Historia. Tiempo para vivir, cuando la madera llevaba camino de ser más rara que el oro y la vida humana más barata que el mezclado escocés. Un tiempo después, cuando las sombras se alargaban ya a su paso, creyó percibir una, móvil, que le pasaba por encima. Alertó sus cinco sentidos; podía ser y seguramente era un «holandés volador» de la Wave, u Onda Luminosa, pero no siempre el encuentro con la patrulla nocturna resultaba beneficioso. Las multas que imponía dejaban tambaleando toda economía, aparte de otras consideraciones. Momentáneamente, la Onda Luminosa estable-

cía una zona neutral. No se podía ser cazado entonces, pero la Onda se marchaba y ello casi servía de señal.

Y, efectivamente, era un holandés-volador, un coche como los demás, con combustible sólido, pero que podía volar. El Gobierno se incautaba de toda la producción de voladores, con destino a las fuerzas armadas y la Policía. Existían muchos, a montones, pero menos que «cantores», según las creencias populares. En todo caso, el volador se detuvo a unos cien metros y le ordenó, con las clásicas señales, que se acercara. Mientras, el faro giratorio de luz escarlata iba señalando un círculo.

Condujo muy despacio, hasta alcanzar a la pareja de policías que le apuntaban con su pistola-linterna, un arma, también prohibida a los simples mortales, que ponía el proyectil donde ponía el rayo de luz. Martin comprobó la escásima gracia que hacía tener la luz en plena cara.

—¿Dónde vas, *rabbit*<sup>[6]</sup>?

—A Londres.

Y manejó el superocho que proyectaba sobre el parabrisas la documentación personal y el permiso de conducir.

—¿Llevas el «Detente»<sup>[7]</sup>?

—¿Cómo...?

—El documento de Exoneración, *rabbit*, no te hagas el tonto.

—¡Maldita sea! No. No lo creí necesario. No pensaba viajar de noche. Nunca lo hago.

—Eso se lo dirás a todas —murmuró uno de los policías, no sin cierto humorismo.

—Pues es verdad. —Y considerando que la cosa no quedaba clara, añadió—: Soy profesor en la Blenheim.

—¡Vaya! ¿Y cuál es su célula en la Magna Domus?

Martin observó con más cuidado al que hablaba. Llamar Magna Domus a la Universidad era, más que un anacronismo, una incorrección. Magna Domus o Domus Magna era, en la Edad Media, el nombre que se daba a los conventos o abadías centrales de cualquier Orden. Algún chusco, o

simplemente la presión de los tiempos, a tenor de las teorías de su colega Foster, se la adjudicaba a Blenheim, pero con uso reservado a profesores, alumnos y servidores. Aquel policía, pese a que disfrazaba su inglés, debía pertenecer a alguna de aquellas categorías. Había estado en la Gran Casa, el viejo palacio de los duques de Marlborough cedido por los descendientes al Estado, o conocía las costumbres. Y aventuró una prueba.

—Fiel, pero...

—Fornicado —dijo el otro, sonriendo.

Y era que el lema de los Marlborough, «Fiel, pero desdichado», debía ser alterado en cada curso, con un adjetivo diferente, casi siempre escatológico. «Fornicado» era el usado dos cursos anteriores. Por cierto que el asunto se complicaba mucho, porque cada curso iba siendo más difícil encontrar un adjetivo consonante. El del presente año, «laminado», era ya un alarde estilístico.

—Mira, Jerry —dijo el otro policía—, cuando dejes de decir palabrotas, este hijomadre quizá nos explique a qué va a Londres.

—Estricta necesidad.

—¿De probarse la caja?

—Bueno; exactamente, me espera una amiga.

—Mira, Jerry, va por las noches al «pueblo»<sup>[8]</sup> para ver la «trivi» con su amiga.

—Mire, yo no he dicho eso.

Martin hubo de reconocer que se estaba complicando la existencia.

—Digamos que hacemos el amor.

—Mira, Tom, eso me suena. Hacer-el-amor... Se refiere a poner una encima de otra las partes sexuales.

—Mira, Jerry, no detalles, que estoy salido.

—Oigan ustedes, ¿necesitan ser tan gráficos?

—Mira, Tom, dice que no seamos gráficos... ¿Es delito?

—Creo que no, Jerry. Aquí, el *malove*<sup>[9]</sup> nos está diciendo que necesita encontrar con urgencia a su *femalove*<sup>[10]</sup> porque tiene lleno el depósito. Por ello circula de noche. No le importa amanecer en la nevera.

Me importa y mucho, pero cuanto más tiempo me re-tengan, peor será.

—Mira, Jerry, ahora nos enseña a cumplir-con-el-deber.

—¡Noooo! Bueno, si cada vez que abro la cosa lo toman a peor, me callaré.

—Mira, Tom, hasta empiezo a creer que es profesor.

—Mira, Jerry, yo creo que es un «cantor».

—Mira, Tom, no lo creo. Ya nos dijo que es profesor.

—Mira, Jerry, los profesores hacen el amor con la nariz.

—Mira, Tom, eso es un cuento. Lo hacen como tú y yo.

—Mira, Jerry, yo no lo hago. Por el día, duermo de tan cansado como estoy de cuidar conejitos por la noche y, además, tengo miedo a hacer más conejitos.

—Mira, Tom, vamos a que nos firme el «detente» y que se vaya.

—Mira, Jerry, hazle las advertencias de rigor y que se porcule.

—Mira, Tom, me cansa hacer las advertencias de rigor.

—Mira, Jerry, pues no las hagas.

—Mira, Tom, que es la ley.

—Porculo la ley.

—Mira, Tom, que el hijomadre te está escuchando.

—Mira, Jerry, ¿crees que mañana lo podrá contar?

—Mira, Tom, pienso que sí. Los tontos siempre tienen suerte.

Martin comenzaba a pensar que aquel diálogo de locura iba a continuar toda la noche, cuando del cercano volador salió una llama radiolumínica. Uno de los policías, el llamado Tom, se dirigió al mismo. El denominado Terry, apurando los minutos, sacó una especie de talonario e hizo firmar a Martin una de sus hojas. Era el llamado Documento de Exoneración, por el cual se reconocía que la Policía noctur-

na había «ofrecido sus servicios de protección personal, que habían sido rechazados por atentatorios a la libertad personal», pues así estaban las cosas.

—Mire, Don<sup>[11]</sup>, váyase y tenga cuidado. De ahora en adelante no será molestado por Tom y Jerry. No le respondo sobre lo que haga el gato Fritz<sup>[12]</sup> y ni siquiera que llegue a tiempo de dormir con su amorosa. Procure usted entrar por la ruta occidental, que está bastante despejada porque tiene que entrar un «vipi»<sup>[13]</sup> y nosotros hacemos de niñera. Y silencio por este informe. Lo hago en recuerdo de la vieja cabaña del duque ese.

—Gracias.

—Mire, ¿y cuál es el consonante del presente curso? Fiel, pero...

—Laminado.

—No está mal.

Y terminada sin duda su ración de confidencias, el policía se subió al capó y anotó algo a grandes rasgos sobre el techo del vehículo.

—¡Oiga!, ¿qué ha puesto usted ahí?

—Lo más sencillo: RIP.

Y dicho esto, saludó y se marchó. Martin, torciendo el gesto, observó los breves segundos que el volador tardó en remontarse en el aire. Y a no tardar, apremiado por las señales de los coches siguientes, apretó la ignición del suyo. Segundos más tarde, sin darse cuenta, estaba limpiándose el sudor de la frente. ¡Muy gracioso! ¡Ja, ja cómo me río! Tom y Jerry, el ratón y el gato. Y el otro minino, el Fritz de los cojones, el perdulario de Harlem que figuraba en todos los libros sobre la historia del cine Como para troncharse... a las doce de la mañana.

Una hora más tarde Martin había prácticamente llegado. El consejo del policía había sido bueno. La ruta western es-

taba sumamente vigilada y más de media docena de voladores se habían acercado hasta distinguir las señales en el techo, que por lo visto indicaban que ya estaba efectuada la inspección y el que viajaba era simplemente un hijomadre talporcual, sin armamento y lo bastante celoso de sus derechos individuales para querer viajar solo. Atravesando los viejos barrios del Nordeste, ocupados casi íntegramente por negros —siete millones de negros, dos de indios, uno de irlandeses y medio de latinos, constituían el balance racial de Londres—, se plantó seguidamente en Egware Road y desde allí a la plazuela del Padre Nuestro, cerca de la catedral de San Pablo, donde vivía Doris, era cuestión de suerte y algo de habilidad.

Martin comenzaba a reír de su propio miedo. Casi, y sin casi, su preocupación era ir esquivando los muchos coches que eran abandonados por sus dueños en mitad de la calzada o allí donde les encontraba el anochecer. Algunos de ellos eran arrastrados y volcados y abundaban los cristales rotos, las basuras arrojadas desde las ventanas y los accesorios que por la noche solían sacarse a las aceras para poder desempotrar las camas. Con nueve metros cuadrados por persona, los habitantes del «Pueblo» tenían que hacer prodigios. Incluso se decía, y Martin lo había refutado científicamente, que una de las causas de la democracia creciente era la ley de los nueve metros cuadrados. Se decía que nueve metros cuadrados equivalían a una sala corriente, más bien pequeña. Una sola persona se las tenía que ingeniar para no aburrirse o acabar como don Quijote. Dos personas, podían ya dormir en una y disponer de la otra para otro uso. Y si tenían hijos, a nueve metros cuadrados cada uno, hasta podían permitirse lujos. Fuese chiste o realidad, lo cierto era que en la Vieja Coneja nunca hubo tantas familias numerosas como entonces, sobre todo cuando los científicos descubrieron que la «Baby-Doll»<sup>[14]</sup> producía leucemia.

Por cuestión de décimas de segundo, quizá por suerte, quizá por agilidad de reflejos, Martin pudo evitar el choque lateral con otro vehículo que con las luces apagadas irrumpió bruscamente por una calle adyacente. Las ruedas chirriaron agoniosamente en el silencio de la noche y el violento golpe al volante le llevó a la acera, donde derribó un tinglado de bicicletas, juguetes y accesorios caseros; pudo evitar meterse por un escaparate y topar contra un farol, pero cuando pudo dominar el vehículo y salir a la calzada, estaba sudando y maldiciendo, ambas cosas a chorro limpio. Los epítetos que Martin dedicó al loco que le había obligado a tales equilibrios, hubiesen hecho las delicias de sus alumnos, pero seguramente no las del decano.

Pero, ¿había sido un simple accidente por imprudencia? ¿Es que los cantores sólo usaban armas de fuego? Porque si valía «todo», y Martin, escocés de las Tierras Altas, desconfiaba profundamente del juego limpio de los anglos, la cosa se complicaba. Igual podían arrojarle a la cabeza una tetera de plata o un cenicero de bronce. O clavarle un cuchillo en una esquina. O lanzarle una flecha emponzoñada con una cerbatana. Y hasta cabía pensar en un «boomerang»<sup>[15]</sup> australiano. ¡Santo Dios! Martin comenzó a pensar que la cosa era más complicada de lo que parecía y que él, a sus treinta y tres años, estaba en la más frondosa de las higueras. Tal situación colocaba a todo hombre absolutamente a la defensiva. Todo podía ser inamistoso, mortal. Y lo mismo pensaría el de enfrente. Y así las cosas, a nadie podía extrañarle que hasta el juego de la Canción y sus cantores ofreciese un aspecto deportivo. Ellos, por lo menos, tenían sus reglas.

Por fin, sin más incidentes que evitar a una pandilla de merodeadores nocturnos que estaban reventando el escaparate de una joyería, pudo tomar una de las grandes autovías que habían destrozado, decenios antes, el casco viejo y mugroso —pero irrepensible— de la antigua City. Dejó el coche donde buenamente pudo y a saltos, buscando la pro-

tección de los balcones, buscó el grupo comercial, con habitaciones en los pisos altos, donde Doris tenía su célula de nueve metros cuadrados. Consultando su reloj comprobó que eran las diez de la noche. Hacía hora y media que había entrado la noche.

El problema era avisar a Doris. Podía telefonar, pero las cabinas telefónicas, por razones obvias, eran como una prometidora diana. Posiblemente fuese una exageración, pero se decía que nadie las usaba de noche en todo Londres. Podía acercarse a la puerta y avisar por el dictáfono. Tenía, desde luego, la llave del apartamento, pero no la del exterior, que además no tenía llave, ya que funcionaba por el sistema de clave verbal, cambiable cada noche y a base de tonos registrados. En algunas ocasiones, cuando se acordaba —y era natural, porque era valor entendido que nunca llegaría de noche—, Doris le comunicaba la clave. En la cita acordada le había dicho: «Ven. Tespero como siempre». Dulce, amable Doris, conocida también por «Tespero», todo junto, porque así comenzaba y acababa sus comunicaciones videofónicas. Tespero, a quienquiera que fuese, desde su «boss»<sup>[16]</sup> en la oficina bancaria, a la «barbera»<sup>[17]</sup> que la depilaba quincenalmente. Suave y felina, Doris, que había despertado en Martin los instintos genésicos. Estúpida y caprichosa Doris, que le colocaba muchas veces al borde de la congestión.

En fin, *To be or not to be*, que decía aún el gilipueñas de Hamlet, o se decidía a llamar o no se decidía. Y como lo peor, o estar en la calle por la noche ya estaba hecho, se decidió. Se hizo el valiente, olvidó todo eso de los cincosentidos-vigilantes y el-oído-aguzado-captando-los-rumores-de-la-noche, y se dirigió a la puerta del sector A. Buscó a tientas la apertura del dictáfono, la abrió y luego pulsó el teclado hasta completar la consigna de Doris: ae-2/17/349-ea.

Al cabo de unos interminables minutos —durante los cuales siguió haciendo el valiente— le llegó el casi inaudi-